

EL NUMERO DE MUSULMANES QUE ATACARON COVADONGA. Los precedentes bíblicos de unas cifras simbólicas

JAVIER ZABALO ZABALEGUI
Universidad de Sevilla

Puede parecer pretencioso a estas alturas el intentar decir algo nuevo sobre la llamada *Crónica de Alfonso III*. Como no podía ser menos, este primitivo texto ha sido objeto de atención y estudio exhaustivo por parte de todos los historiadores que se han ocupado de los comienzos del reino de Asturias. Para la primera mitad del siglo pasado, bastará con mencionar los nombres de L. Barrau-Dihigo, Z. García Villada, M. Gómez Moreno y, muy especialmente, C. Sánchez Alborno¹. Pero el tema no está agotado, como se refleja en las recientes ediciones críticas de J. Prelog², de J. Gil Fernández³, y de Y. Bonnaz⁴, así como en los renovados e incesantes debates acerca de los orígenes y significado de la resistencia en las montañas cántabro-astúricas⁵.

1. Interesan diversos trabajos reunidos en sus *Investigaciones sobre historiografía cristiana medieval (siglos VIII-XII)*, Buenos Aires 1967, concretamente pp. 17-202. Pueden verse reproducidos en *Orígenes de la nación española. Estudios críticos sobre la historia del reino de Asturias*, II y III, Oviedo 1974 y 1975.

2. *Die Chronik Alfons III. Untersuchung und kritische Edition der vier Redaktionen*, Frankfurt 1980. Incluye un apéndice de Bibliografía, en el que figuran las ediciones anteriores, así como los estudios de los autores que acabo de mencionar, y que por eso mismo no juzgo necesario repetir aquí en detalle.

3. *Crónicas asturianas. Crónica de Alfonso III. Crónica Albeldense*. Introducción y edición crítica de J. GIL FERNÁNDEZ. Traducción y notas de J. L. MORALEJO. Estudio Preliminar de J. I. RUIZDELA PEÑA, Oviedo 1985.

4. *Chroniques asturiennes (fin IX siècle)*, Paris 1987, con estudio introductorio y traducción francesa.

5. Como es notorio, las teorías “rupturistas” de A. Barbero y M. Vigil, a pesar de hallarse sustentadas en bases extremadamente frágiles e inconsistentes, habían recibido considerable aquiescencia, al menos aparentemente; una aquiescencia, habrá que añadir, debida más bien al seguidismo por afinidades ideológicas, en unos casos, y al mero esnobismo acrítico en otros. Pero tras la réplica razonada de que han venido siendo objeto últimamente por parte de un creciente número de especialistas en la tardoantigüedad, esas vanas elucubraciones apriorísticas han quedado por fortuna completamente desacreditadas. Entre las aportaciones más destacadas y recientes, además de las de A. BESGA MARROQUÍN, bastará citar aquí las de A. DEL CASTILLO y J. MONTENEGRO, “Don Pelayo y los orígenes de la Reconquista”, *Hispania*, 180 (1992), 5-32; “Análisis crítico sobre algunos aspectos de la historiografía del reino de Asturias”, *Hispania*, (1994), 397-420; “Pelayo y Covadonga: una revisión historiográfica”, en *La época de la monarquía asturiana* (Simposio de Covadonga 2001), Oviedo, 2002, 111-124 (en las pp. 125-162 se recoge el consiguiente debate oral que, como suele ocurrir en estas circunstancias de improvisación sobre la marcha, resulta bastante confuso y poco clarificador), y L. A. GARCÍA MORENO, “Covadonga, realidad y leyenda”, *BRAB*, CXCV, cuad. II (1997), 353-380. Pueden verse también las atinadas observaciones de M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, “Sobre la ideología de la Reconquista: Realidades y tópicos”, en *Memoria, mito y realidad en la Historia Medieval*, XIII Semana de Estudios Medievales (Nájera 2002), Logroño 2003, 151-170, texto basado en otro poco anterior, del mismo autor, titulado “¿Reconquista? Un estado de la cuestión”, en E. BENITRUANO (coord.) *Tópicos y realidades de la Edad Media (I)* (Madrid, Real Academia de la Historia, 2000), 155-178. Pero en cuanto

El objeto de estas breves páginas es muy modesto. Se reduce a llamar la atención sobre una cuestión muy concreta y, si se quiere, de muy pequeña importancia. Pero estimo que no carece de interés, porque puede ser aprovechable para deducir diversas implicaciones dentro del contexto en que se inscribe, como podrá comprobar el que me lea.

1. LAS REFERENCIAS BÍBLICAS DE LA CRÓNICA DE ALFONSO III

Como se han encargado de observar los estudiosos, la Crónica se halla cuajada de referencias y citas bíblicas, tanto textuales y directas como alusivas e indirectas⁶. Desde luego, semejante actitud no es privativa de este relato, sino común a prácticamente toda la producción historiográfica de la Europa cristiana altomedieval, como es bien sabido.

Esa tendencia se explica fácilmente. El anónimo autor⁷ es sin duda un clérigo familiarizado con la lectura asidua de la Sagrada Escritura⁸. Pero hay otra razón adicional, que es de muy especial interés en este caso: el redactor contempla el ya secular enfrentamiento entre los cristianos astures y los musulmanes de al-Andalus como un trasunto de las guerras que el pueblo de Israel tuvo que sostener antiguamente contra los pueblos vecinos.

a lo que aquí nos interesa, y como veremos más adelante, sólo el artículo de GARCÍA MORENO contiene una alusión final a la cuestión concreta que abordo en estas páginas.

6. Pueden verse las referencias exactas en los lugares correspondientes del aparato crítico de las citadas ediciones de J. PRELOG, J. GIL e Y. BONNAZ, por citar las ediciones más recientes y cuidadas.

7. No voy a entrar aquí en la discusión sobre la autoría de la crónica alfonsí en sus dos versiones, ni sobre la primacía cronológica entre ambas, cuestiones a propósito de las cuales han debatido ampliamente los eruditos. Tales debates, en definitiva, no afectan directamente al tema central que me he propuesto al escribir estas páginas; y por consiguiente resulta innecesario dilucidarlos en esta ocasión. No ocultaré, sin embargo –siguiendo en este punto a L. Barrau-Dihigo y R. Menéndez Pidal– que me parece completamente improbable la intervención personal de Alfonso III en la redacción de cualquiera de las dos versiones; ya sea la “ovetense” (**Seb**), como se ha supuesto desde antiguo, o ya sea la “rotense”, como pretende Sánchez Albornoz siguiendo a Gómez-Moreno. Don Claudio, en concreto, ha contrapuesto de modo exagerado el estilo supuestamente “tosco y desmañado” de la **Rot** al de la **Seb**, calificada de “erudita”. A mi modo de ver –y estoy aquí de acuerdo con J. Gil Fernández en la Introducción a su edición, p. 78–, es evidente que ambas son “eruditas”. En modo alguno se puede considerar al de **Rot** como “el habla de laicos semieducados”, como pretende tendenciosamente don Claudio. Ambas versiones, por el contrario, –y recojo a continuación la frase y los calificativos que el afamado maestro aplica en exclusiva a la versión **Seb**– se sirven de “la lengua cultivada, la literaria, la oficial, enseñada en los monasterios”. En cambio, me parece razonable admitir el interés del monarca en que se llevara a cabo la tarea historiográfica plasmada en los tres textos (Profética, Albeldense y de Alfonso III), y el favor que consiguientemente habría dispensado a los clérigos redactores. Ello explicaría, a su vez, el piropo de *scientia clarus* con el que, agradecido, le obsequia el autor de la *Albeldense* al final de la primera narración de su reinado, la que concluye en el 881 (ed. de J. GIL, pag. 178, línea primera). Insisto en que no era propio de los seglares –incluidos los miembros de la realeza– dedicar su infancia y juventud al aprendizaje a fondo del latín. Esos largos años de estudio eran requisito indispensable para poder redactar con una cierta fluidez en aquel idioma, que ya no era la lengua común o natural del pueblo. Añádanse las muchas horas invertidas en la atenta lectura

Una vez tras otra acuden a su mente y a su pluma los paralelismos. El primero se refiere al hecho mismo del colapso del reino de Toledo y a las causas últimas y decisivas de semejante cataclismo. Y la explicación es coherente con la que subyace en la historia de los judíos, tal como se presenta en el Antiguo Testamento. Si en aquellos tiempos Dios castigaba las infidelidades e idolatrías del Pueblo Elegido por medio de los ataques de sus vecinos gentiles (cananeos, idumeos, filisteos, asirios, caldeos, etc.), del mismo modo en esta reciente época dispuso castigar los pecados del pueblo hispano-godo por medio de los invasores musulmanes.

En ello insisten repetidamente las dos versiones de la crónica al narrar los reinados de Witiza y de su sucesor Rodrigo. La versión "Ovetense" o "ad Sebastianum" (en adelante, **Seb**) cita un versículo del salmo 31 para ilustrar la depravación de Witiza, depravación que a su vez provocó la de la jerarquía eclesiástica y el conjunto del clero. Con esa misma finalidad ilustrativa, la "Rotense" (en adelante, **Rot**) aporta cuatro citas bíblicas (no textuales, sino únicamente *ad sensum*). En definitiva, con mayor o menor aporte de erudición escriturística, ambas versiones están de acuerdo en atribuir la "pérdida de España" a esa degradación moral de reyes y sacerdotes: *Istut namque Spanie causa pereundi fuit*, concluye la **Rot**, que explica más adelante, al final del mismo párrafo: *Et quia reges et sacerdotes Domino derelinquerunt, ita cuncta agmina Spanie perierunt* (párr. 5); y, de modo casi idéntico, la **Seb** 5: *Istud quidem scelus Yspanie causa pereundi fuit. Et quia reges et sacerdotes legem Domini derelinquerunt, omnia agmina Gotorum Sarracenororum gladio perierunt*⁹.

En este contexto explicativo, la traición de los hijos de Witiza constituye el factor coyuntural desencadenante de la tragedia (*ob causam fraudis filiorum Vitizani, sarraceni ingressi sunt Spaniam*, **Rot** 7; más profusamente, la **Seb**: *Filii vero Witizani, invidia ducti eo quod Rudericus regnum patris eorum acceperat, callide cogitantes, missos ad Africam mittunt, Sarracenos in auxilium petunt, eosque navibus advectos Yspaniam intromittunt. Sed ipsi qui patrie excidium intulerunt, simul cum gente Sarracenororum gladio perierunt*). Pero el cronista insiste en que la causa última y profunda del hundimiento del reino hispano-godo es la ya citada (*sed dicente Scriptura: "in vanum currit quem iniquitas precedit", sacerdotum vel suorum peccatorum mole oppressi...*)¹⁰.

de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres, así como de los Pasionarios y otros libros litúrgicos; todos ellos eran textos familiares para el autor de la crónica, como se deduce sin lugar a dudas al examinar las notas eruditas de la edición de J. Gil, por citar la más asequible. Este amplio bagaje cultural sólo cabe atribuirlo a un clérigo; y no un clérigo cualquiera, sino alguien indudablemente culto para los niveles de aquella época, pues –insisto una vez más– su modo de escribir demuestra con claridad que ha dedicado al estudio toda su vida, no simplemente los años de formación juvenil. *Sed de hoc satis*.

8. Conviene advertir que en España se manejaba en aquellos siglos una versión o versiones latinas distintas de la *Vulgata* de San Jerónimo. Por otra parte, ocurre que los escritores citaban muchas veces de memoria –una facultad que ciertamente tenían muy desarrollada en ese aspecto– y, en razón de ello, solían hacerlo sólo por aproximación, sin la exactitud textual a que estamos acostumbrados modernamente.

9. Citaré siempre por la numeración de los párrafos de la edición de J. GIL FERNÁNDEZ.

10. **Seb** 7 (la alusión al versículo del Salmo 126 no es textual, sino mera reminiscencia *ad sensum*). La **Ro** (*Sed suorum peccatorum classe oppressi*), no apela aquí a ninguna otra expresión o frase bíblica. Los historiadores modernos, con toda razón, diagnostican como causa principal de la ruina del reino el tenaz y creciente enfrentamiento entre las facciones nobiliarias, polarizadas de manera definitiva e

Pero el paralelismo se cumple también en su aspecto positivo, como no podía ser menos. Nuestro clérigo-cronista sabe bien que, en el marco de sus inescrutables designios, los castigos del Altísimo no son la expresión de un supuesto espíritu vengativo, al modo humano, sino una manifestación de su Providencia misericordiosa: mediante esas duras pruebas, en definitiva trata de que el pueblo pecador rectifique su errada conducta y regrese al buen camino. Los hispanogodos se habían alejado de Dios –como habían hecho tantas veces los judíos en los tiempos antiguos–, pero El no abandona a su pueblo, sino que está deseando dispensarle de nuevo sus favores.

En coherencia con esta impecable visión teológica, el cronista pone en labios de Pelayo las correspondientes palabras del salmista, que testimonian esa esperanza en la recuperación de la protección divina a partir de la actual situación, sólo aparentemente desesperada: *Visitabo in virga iniquitates eorum, et in flagellis peccata eorum; misericordiam autem meam non auferam ab eis*¹¹, como David hace decir a Dios (Salmo 88, 33-34). Apelando asimismo a la imagen evangélica del grano de mostaza, que a partir de su inicial pequeñez, por la misericordia de Dios llega a alcanzar un enorme desarrollo, Pelayo responde a las tentadoras ofertas del traidor obispo Oppa expresando su confianza en que, a partir de su minúsculo grupo de cristianos, se iniciará nada menos que “la salvación de España y la recuperación del ejército godo”.

Al contemplar los inicios de la resistencia desde la perspectiva optimista propiciada por las victorias de Alfonso III¹², las ilusionadas expresiones que el narrador tardío pone en boca de Pelayo cobran todo su sentido premonitorio. En efecto, su profético anuncio parece a punto de realizarse justamente cuando escriben el autor de la crónica alfonsí y el de la llamada *Crónica Profética*.

Toda esta sólida argumentación, que va desarrollando con tan imperturbable talante, encierra para el cronista del siglo IX una indiscutible lógica interna. En efecto, si el reino de Oviedo, en cuanto reino cristiano, forma parte de la Iglesia, que es el nuevo y verdadero Pueblo de Dios, prefigurado en el antiguo Pueblo Elegido, ¿cómo extrañarse de que Dios renueve en favor de los astures –ya desde sus primeros choques con los invasores– los prodigios con que exterminó los ejércitos de los antiguos enemigos de Israel? ¿Por qué sorprenderse de que los árabes (no en balde calificados repetidamente de *caldeos* por nuestro cronista¹³) sean aniquilados en

irreconciliable en torno a las familias de Khindasvinto-Rodrigo y de Wamba-Witiza, respectivamente. A este respecto sería de aplicación otra sentencia bíblica, concretamente el dicho evangélico de que “todo reino dividido en su interior camina a la ruina” (Mateo 12, 25).

11. Seb 9 (la *Rot* varía sólo al decir *abertam* en lugar de *auferam*; la Vulgata, por su parte, dice *dispergam*, y traduce *verberibus* en lugar de *flagellis*).

12. Como es admitido generalmente, la crónica de Alfonso III se redactaba poco después del año 881, cuando el emir, derrotado en Polvorosa y en otros encuentros, había solicitado al victorioso monarca ovetense una tregua de tres años.

13. En los escritos bíblicos de varios de los Profetas, se aplica el nombre de *caldeos* al reino o imperio de Babilonia, que en repetidas ocasiones hostigó a Israel, hasta llegar finalmente a la deportación y el subsiguiente “cautiverio de Babilonia”, durante el siglo VI a. C.; cautiverio que se prolongó prácticamente a lo largo de los “setenta años” anunciados por el profeta Ezequiel (Esdras, 5, 2; Isaías, 23, 13; 47, 1; Jeremías, 24, 5; 51, 54; Baruch, 1, 2; Ezequiel, 11, 24; 16, 29).

hecatombes semejantes e incluso superiores a las que narran los libros del Antiguo Testamento?

Basándose en esa estrecha ecuación (Astures=Iglesia=Nuevo Israel), el narrador arguye con toda lógica que la destrucción completa del numeroso contingente islámico, aunque ciertamente asombrosa, no debe tenerla por increíble el lector u oyente (*non istut innanem aut fabulosum putetis*, Rot 10); es en verdad un hecho *milagroso* (*non istud miraculum inanem aut fabulosum putetis*, Seb 10), pero no inverosímil, pues el mismo Dios que anegó en el Mar Rojo a los egipcios que perseguían a los israelitas es quien ha sepultado, bajo la inmensa mole de la montaña, a los árabes que perseguían a la Iglesia (*qui in Rubro Mari egyptios Israhel persequentes dimersit, ipse hos arabes Ecclesiam Domini persequentes inmenso montis mole oppressit*, dice el final de Seb 10).

Por supuesto, no descubro nada nuevo al poner de relieve todo este discurso histórico-teológico desarrollado por la crónica ovetense¹⁴. Pero he querido recordarlo de nuevo aquí para que se tenga bien presente el marco conceptual en que se sitúa el clérigo astur. Un marco que explica incluso ciertos detalles que, por lo que se me alcanza, hasta ahora han escapado a la perspicacia de todos los investigadores, y que son el motivo que me ha llevado a escribir estas páginas. Se trata de unas sorprendentes coincidencias relativas a las cifras del ejército islamita, coincidencias que paso a exponer y glosar a continuación.

2. LOS 187.000 MUSULMANES QUE ATACARON COVADONGA.

Las dos versiones de la crónica –cada una en diferente párrafo– nos ofrecen una cifra precisa al referirse al contingente armado con el que Alkama invadió Asturias para sofocar la revuelta que había iniciado Pelayo. Esa cifra es la de 187.000 musulmanes¹⁵.

No es necesario advertir, por supuesto, que se trata de un número absolutamente hiperbólico, fabulosamente exagerado. Ahora bien –y aquí reside el punto importante sobre el que quería llamar la atención– no se trata de una cifra caprichosa, elegida al azar. Por el contrario, como podrá comprobarse de inmediato, nos hallamos de nuevo ante el calco de un pasaje del Antiguo Testamento. En este caso concreto, el modelo seguido es –y ello no constituye sorpresa alguna– el de un ejército que amenazaba con la conquista de Jerusalén y la captura del rey de Judá, ejército que es exterminado fulminantemente a través de la intervención milagrosa de Dios.

14. Pueden verse las consideraciones que recientemente hace al respecto Fr. GARCÍA FITZ, *La Edad Media. Guerra e ideología*, Madrid 2003 (en especial, “El concepto de Reconquista”, pp. 194-218).

15. *Venientesque cum omni exercitu CLXXXVII fere* (corrijo el *ferre* de la edición de Juan Gil) *milia armatorum Asturias sunt ingressi* (Rot 8, frase final). La misma cifra se deduce de Seb 10, que sólo ofrece el desglose de los dos grupos (el de 124.000 más el de 63.000), desglose que también hace la otra versión (Rot 10).

Recordemos el episodio, tal como lo narra el texto sagrado¹⁶. Senaquerib, rey de Asiria, se disponía a atacar Jerusalén con sus tropas. Pero, en conformidad con lo que había anunciado el profeta Isaías al rey Ezequías de Judá, *aquella misma noche salió el ángel del Señor e hirió en el campamento asirio a 185.000 hombres. Por la mañana, al despertar, los encontraron ya cadáveres. Entonces Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campamento y se volvió a Nínive*¹⁷.

Me parece casi seguro que el cronista astur ha tenido presente ese pasaje bíblico. Ahora bien, como puede apreciarse, no ha querido extremar hasta el detalle la imitación de su modelo. Tal vez ha pensado que, si la copia era demasiado servil, se convertiría por eso mismo en menos creíble para el lector, y para obviar una posible acusación de plagio descarado, ha juzgado aconsejable el modificar –muy ligeramente, eso sí– la cifra que le sirve de inspiración directa. Si los asirios muertos fueron 185.000, resulta que los musulmanes aniquilados son 187.000, lo que significa una pequeña alza de 2.000 hombres.

En definitiva, de este modo el cronista hispano parece dar a entender que en el reino de Oviedo se están repitiendo los antiguos portentos, pero en un grado incluso algo superior. Se refuerza o se trasluce así la idea de que la Iglesia, de la que el naciente reino astur forma parte, es la culminación en los nuevos tiempos de unos precedentes –los tiempos antiguos– representados por la historia del Pueblo de la Antigua Alianza, el cual no era sino la prefiguración imperfecta de una realidad ahora plena y definitiva¹⁸.

16. Libro 2 de los Reyes, cap. 19, 35-36. Como no se trata de una cita textual, apelo a una traducción castellana, pues lo importante es la cifra de guerreros, dato sobre el cual existe unanimidad entre las diversas versiones que he podido consultar, incluida la Neovulgata latina.

17. Este episodio de los 185.000 muertos del ejército asirio es rememorado posteriormente en el Libro 2 de los Macabeos, cap. 8, 19, y 15, 22.

18. L. A. GARCÍA MORENO, en el artículo que citábamos al principio, “Covadonga, realidad y leyenda”, BRAH, t. CXCIV, II (1997), 380, nota 100, se hace eco de la opinión de M. ROUCHE, el cual señala que la cifra de los 187.000 musulmanes que asaltan Asturias es exactamente la mitad de los 375.000 musulmanes abatidos en la batalla de Poitiers el año 732, según los cálculos de algunos cronistas (en concreto, PAULO DIACONO, *Historia Langobardorum*, VI, 46, en MGH, *Scriptores rerum Langobardicarum et Italicarum saec. VI-IX*, 180-181. Como término de comparación, señalemos que en el siguiente párrafo el mismo Paulo Diácono calcula en 300.000 los habitantes de Constantinopla que perecieron víctimas de la peste por esa misma época). Sigo pensando que el cronista astur –que no sabemos si conoció la crónica de Paulo Diácono, redactada a fines del siglo VIII– se inspiró directamente en el pasaje bíblico del ejército de Senaquerib, pasaje que –como todos los escritos del Antiguo Testamento– tenía indudablemente a su disposición. Y sospecho que Paulo Diácono, a su vez, tuvo a la vista la cifra bíblica de los 185.000 para, duplicándola –y redondeándola con un leve añadido de 5.000–, hacer su propuesta numérica sobre la batalla de Poitiers. Diré de paso que, contra lo que pretenden García Moreno y/o M. Rouché, ni 187.000 ni 375.000 son múltiplos de 8, a menos que hagamos de la aritmética un manejo excesivamente flexible y arbitrario. Por lo demás, estoy de acuerdo con la teoría –que García Moreno comparte con R. Collins y Pérez de Urbel, entre otros– de retrasar la fecha de la batalla de Covadonga a los años 734-737, relacionándola con la noticia que nos transmite la *Crónica mozárabe del 754* (ed. J. GIL, en *Corpus scriptorum muzarabicorum*, I, 43, parr. 66) acerca del descalabro sufrido por Abd-el-Malik en su incursión por las montañas del norte. A ese respecto, me parecen menos convincentes J. MONTENEGRO y A. DEL CASTILLO, que sitúan esa campaña en territorio de los vascones (*Hispania*, 216 (2004), 185-202).

3. EL SUBGRUPO DE LOS 124.000 MUSULMANES

Creo que todavía se puede apurar algo más el inventario de los modelos bíblicos que han inspirado las cifras del anónimo narrador hispano. Recordemos que la Crónica de Alfonso III desglosa este enorme ejército en dos contingentes de importancia desigual. Efectivamente, nos informa que en el combate de Covadonga propiamente dicho murieron 124.000 islamitas. Los restantes 63.000 nos dice que perecieron más tarde, en el curso de la retirada por los montes de la Liébana, al quedar sepultados por un descomunal corrimiento de tierras que se produjo a la altura de *Causegaudia* (Cosgaya)¹⁹. En esas cifras (124.000 del primer grupo, más los 63.000 restantes) están de acuerdo ambas versiones de la crónica.

Pues bien, opino que también ese número de 124.000 hombres lo ha tomado nuestro cronista de varios episodios bélicos del Antiguo Testamento. En ellos se cifran en 120.000 los enemigos de Israel exterminados gracias a la intervención divina. De nuevo, como vemos, el cronista cristiano retoca ligeramente al alza la cifra del modelo bíblico, añadiéndole 4.000 hombres. En el primer caso se trata de los 120.000 muertos sufridos por los madianitas que combatían contra Gedeón²⁰. En otro caso, de los 120.000 infantes que dirigió contra Judea el general Holofernes, por orden de Nabucodonosor de Asiria²¹. En el tercer episodio, Judas Macabeo recuerda que, al frente de únicamente 6.000 hombres, hizo perecer a un contingente de ese mismo tamaño, los repetidos 120.000 enemigos²², cifra que se nos aparece consagrada de este modo con un carácter verdaderamente paradigmático.

De esta suerte, en la mente del escritor hispano, el caudillo astur queda equiparado de manera implícita a Gedeón y a Judas Macabeo. Así como esos héroes salvaron al Pueblo Elegido en su lucha por la supervivencia, de modo semejante Dios ha favorecido a Pelayo para salvar al pueblo hispano-cristiano, amenazado de destrucción por la invasión islámica.

Señalemos, por lo demás, que de nuevo se reitera la operación de maquillaje, y el cronista astur modifica ligeramente al alza –añade 4.000 muertos– el modelo

19. Recordemos que el texto bíblico (Éxodo, 14) no cuantifica el número de guerreros egipcios que perecieron sumergidos en el Mar Rojo, episodio que la Crónica de Alfonso III menciona como precedente del citado aplastamiento de los 63.000 sarracenos en las laderas lebanenses de Cosgaya. Por consiguiente, en este aspecto del número de enemigos anegados, el cronista astur no contaba con un referente bíblico directamente utilizable.

20. Jueces, 8, 10. Es justo reconocer que ya Y. BONNAZ ha señalado esta coincidencia (ver la Introducción a su edición de las Crónicas Asturianas, p. LXVI, nota 4). Pero, como vamos a ver de inmediato, no ha agotado el tema de la coincidencia de las cifras, ni mucho menos. En concreto, no ha detectado la relativa a los 187.000 guerreros musulmanes.

21. Judit, 2, 5 y 14; y 7, 2. A los 120.000 infantes acompañaban 12.000 jinetes. Como precisa más tarde el relato bíblico, ese numeroso ejército quedó destruido por los israelitas, cuando los asirios se dieron a la fuga en plena desbandada, despavoridos tras la muerte de Holofernes a manos de Judit.

22. Libro 2 Macabeos, 8, 20. Judas Macabeo cita precisamente ese dato inmediatamente después de recordar el exterminio de los 185.000 hombres de Senaquerib, que había tenido lugar varios siglos antes. Ambos acontecimientos, aunque separados por el tiempo, quedan así enlazados en la mente de los hebreos.

véterotestamentario. De este modo viene a confirmarnos que se ha repetido la historia en sus magnitudes básicas; pero, parece insistir una vez más, el portento que ha tenido lugar en Asturias supera, siquiera en pequeño grado, al precedente bíblico.

Desde luego, no hay que olvidar que las citadas cifras de la Sagrada Escritura tampoco responden a unos cálculos realistas, sino que se explican por su significado esencialmente simbólico. Observemos que giran en torno a múltiplos del número 12, número que indica una cierta plenitud y posee tantas resonancias en diversos pasajes y momentos de la Historia Sagrada²³.

En definitiva, no es preciso insistir en algo que ya sabemos. Todas estas coincidencias y paralelismos entre las resonantes victorias de los astures y los triunfos igualmente estupendos de los antiguos israelitas, se explican por la coincidente intervención milagrosa de Dios en favor de unos y otros. Intervención divina manifiesta, éxitos clamorosos de las armas cristianas en los inicios del reino astur, en tiempos de su primer caudillo Pelayo. ¿Cómo sorprenderse de que hayan ocurrido tales prodigios a comienzos del siglo VIII, si a fines del siglo IX, cuando escribe el cronista²⁴, el rey Alfonso III se ha apuntado reiterados éxitos frente a las tropas cordobesas, hasta el punto de hacer creíble la supuesta profecía de que “en breve tiempo reinará sobre toda España”? En el ambiente de euforia y optimismo propiciado por esas victorias y por la coetánea crisis interna que atraviesa el emirato –inmerso en múltiples rebeliones a todo lo ancho de al Andalus–, las grandiosas proporciones del primer éxito de la resistencia cristiana no parecerían a los astures del siglo IX unas fábulas absurdas e increíbles, delirante producto de una imaginación calenturienta²⁵.

23. En efecto, 120.000 equivale a 12 multiplicado por 10.000. A su vez, 180.000 equivale a 12 por 15.000. Finalmente, 60.000 = 12 por 5.000. El valor paradigmático del número doce deriva tanto de la observación de ciertas realidades naturales, concretamente del ciclo astronómico (los doce meses lunares del año, y los correspondientes doce signos del zodiaco), como de determinadas realidades de índole religioso-nacional (las doce tribus de Israel, y los correspondientes doce apóstoles de la Iglesia).

24. No podemos saber si ya en la supuesta crónica, redactada –como opina con buenas razones Sánchez Albornoz– en tiempos de Alfonso II, figuraban esas desmedidas cifras y los consiguientes triunfos de disparatadas proporciones que encontramos en la crónica de Alfonso III. Recordemos que la llamada Crónica Albeldense es mucho más sobria y lacónica acerca de estos primeros episodios, y no se arriesga a hacer cálculos sobre el número de combatientes musulmanes en Covadonga, ni de los derrotados por Alfonso II. Sólo ofrece cifras –y no tan exageradamente abultadas (13.000, 15.000, “muchos miles”)– sobre las huestes vencidas por Alfonso III en diversos combates. Sin embargo, al referirse a episodios bélicos más antiguos, la misma Albeldense, fiándose de cronistas anteriores, no tiene inconveniente en admitir cantidades muy desmesuradas: 200.000 los godos muertos por las tropas de Estilicón el año 406; otros 200.000 hunos de Atila caídos en el 451 ante los godos (XV, 2 y 6); por no citar el millón y cien mil judíos que perecieron por el hambre y la espada en la conquista de Jerusalén por Tito, además de otros cien mil vendidos como esclavos (XIII, 15) (advertimos que las cifras relativas a los judíos muertos durante la caída de Jerusalén, todo lo exageradas que se quiera, no son una invención tardía, sino que provienen del también judío Flavio Josefo –testigo de aquellos acontecimientos, como es sabido– probablemente a través de Paulo Orosio (*Historias contra los paganos*, VII, 9).

25. Podemos comprobar que, aun siendo también muy exageradas, son netamente inferiores a las de la batalla de Covadonga las cifras de *caldeos* muertos por los sucesores de Pelayo, que el cronista de Alfonso III da por buenas: 54.000 sarracenos muertos por Fruela I; otros 70.000 eliminados en Lodos por Alfonso II al comienzo de su reinado; y, de nuevo, “casi 50.000” o “más de 50.000” abatidos por

Por cierto, si las tropas de Fruela, Alfonso II y Alfonso III aniquilan masas de entre 50.000 y 70.000 hombres, en batallas no acompañadas de prodigios excepcionales, ¿cómo nuestro anónimo cronista no iba a asignar unas cifras netamente superiores a la hueste que atacó a Pelayo y fue exterminada por medio de unos portentos tan asombrosos?

Y, si del cotejo con los éxitos de los reyes astures, nuestro cronista pasaba a establecer una comparación con otras célebres batallas campales de un pasado más lejano, la cifra de los 185.000²⁶ que encontraba en el texto bíblico tampoco podía parecerle desorbitada. En efecto, las historias de San Isidoro –cuya autoridad era unánimemente respetada– le proporcionaban unas magnitudes incluso superiores. ¿Acaso el docto prelado hispalense no evaluaba en 200.000 los godos muertos por las tropas romanas de Estilicón a comienzos del siglo V? ¿Y no calculaba en casi 300.000 las bajas registradas en el decisivo choque de los Campos Cataláunicos (año 451), sumadas las sufridas por los hunos de Atila y por los visigodos?²⁷

4. LAS CIFRAS DE LA GUERRA Y “LA GUERRA DE LAS CIFRAS” EN LA HISTORIOGRAFÍA HISPANA HASTA EL SIGLO XIII

Podríamos dar aquí por concluido nuestro breve trabajo. Pero, siquiera como apéndice de lo expuesto, estimo que no carece de interés averiguar hasta qué punto

el mismo monarca entre los seguidores de *Mahamut, cives Emeritensis* (el beréber Chabbar); en la victoria de Albelda lograda por Ordoño I sobre el muladí Musá ben Qasi, dice que perecieron “más de 10.000 magnates musulmanes”, *exceptis plebibus* (que supongo se puede interpretar: 10.000 *jinetes, sin contar la infantería*). Decididamente, contemplándolo desde la perspectiva de fines del siglo IX, el inicio del reino astur aparecía aureolado con el fulgor incomparable de una especie de “big bang”, resplandeciente con el prestigio de una victoria militar superior a todas las que pudieron obtener los monarcas posteriores. Por lo demás, es verdad que la crónica ovetense disimula o calla las derrotas sufridas ante los islamitas. No podía ser de otra manera. Al fin y al cabo, no estamos ante la narración fríamente objetiva de un escritor distanciado del problema, sino ante una crónica plenamente comprometida, redactada por encargo de la corte ovetense. Una crónica, por consiguiente, de neto carácter oficial u oficioso, destinada a ensalzar, por un lado, la imagen pública de la dinastía regia, pero dedicada también a fomentar la autoestima de las gentes del reino en su conjunto. El anónimo clérigo cronista asume conscientemente esa doble responsabilidad. Sabe que por medio de su pluma –y gracias a los recursos que le proporcionan el arte de la retórica y la erudición teológica e histórica– debe contribuir al sostenimiento del espíritu “patriótico” de la población en general, y de los grupos nobiliarios en particular, colaborando eficazmente de este modo en el arduo esfuerzo de todo el pueblo cristiano que pelea contra los musulmanes “de día y de noche, día tras día”, como resume la Crónica Albeldense (XIV, 34).

26. Esta cifra de 185.000 enemigos reaparece más tarde en otro episodio bélico; en concreto, atribuida al ejército almohade derrotado en la batalla de Las Navas de Tolosa, en el texto de la carta que dirige al Papa el propio protagonista de la victoria, el rey Alfonso VIII (ver nota 35).

27. *Historia Gothorum*, núm. 14 y 25 (ed. de Cr. RODRÍGUEZ ALONSO, 192-193 y 212-213). El autor de la Crónica Albeldense sigue a San Isidoro en esas cifras; aunque con la salvedad de que, en lo referente a la batalla contra Atila, asigna 200.000 muertos a los hunos, y no evalúa el número de godos caídos (Albeldense, XV, 2 y 6). Nos alejaría ya del tema el traer a colación las cifras de víctimas que la misma Albeldense (XIII, 15) nos transmite con referencia al asedio y conquista de Jerusalén por Tito, y que citamos en la nota 24, pues ya no se trata de una batalla campal, sino de la toma de una gran ciudad.

los cronistas posteriores aceptaron o modificaron las cifras relativas a la hueste musulmana desbaratada en el doble episodio de Covadonga-Liévana.

Pues bien, comprobamos que las crónicas hispano-cristianas del siglo XII, que emprenden el relato histórico desde los inicios de la monarquía ovetense, mantienen una actitud enteramente conformista sobre estos acontecimientos. En efecto, tanto la *Silense*²⁸ (redactada en los primeros decenios del siglo), como la *Najerense*²⁹ (que data de los últimos decenios), reproducen sin ninguna modificación las cifras del ejército invasor de Asturias: bien sean los 187.000 del contingente global, como los 124.000 y los 63.000 de los dos subgrupos sucesivamente aniquilados.

Hay que llegar a mediados del siglo XIII para encontrar una actitud decididamente revisionista, en sendas historias generales de España. Me refiero, claro está, a Lucas, canónigo de San Isidoro de León y más tarde obispo de Tuy, autor del *Chronicon Mundi*³⁰ –conocido como *Crónica de España* en la versión castellana antigua–, y al arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, y su *de rebus Hispaniae* o “Historia Gótica”. Ambos historiadores reducen drásticamente las cifras del ejército musulmán invasor de Asturias.

El Tudense, en concreto, calcula en 80.000 la suma total de los dos contingentes islámicos: el primero, el destruido en el primer encuentro, según este cronista no supera la cifra de 20.000 sarracenos; el segundo, aplastado más tarde por el derrumbamiento del monte, constaba de 60.000 hombres³¹. Como se puede apreciar, don Lucas respeta básicamente la cifra de este segundo contingente, mientras que disminuye de manera sustancial el volumen del primero, pues los tradicionales 124.000 los deja reducidos a 20.000. En definitiva, al evaluar en 80.000 la suma total de los efectivos mahometanos, dijérase que lo que hace es rebajar correlativamente la importancia de la batalla de Covadonga. En la práctica, ésta queda reducida al orden de magnitudes que las mismas crónicas del siglo IX atribuían a los triunfos bélicos de Fruela I, Alfonso II, Ordoño I y Alfonso III, que calculaban entre 50.000 y 70.000 los islamitas eliminados en combate por esos monarcas, cifras que el propio obispo de Tuy repite casi sin variación³².

El Toledano, que tiene a la vista la obra del Tudense, se muestra todavía más prudente o, por decir mejor, más ambiguo³³. Diríamos que don Rodrigo –al que no en vano se atribuyen relevantes dotes de consumado político y hábil diplomático–

28. Ed. de fray J. PÉREZ DE URBEL, 132 y 134.

29. Esa crónica sigue fielmente la versión *rotense* de la de Alfonso III. Véase la ed. de A. ESTÉVEZ SOLA en *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis*, vol. LXXI A. El mismo filólogo acaba de publicar en Akal, este mismo año 2003, una traducción castellana de la crónica.

30. Reeditado recientemente (año 2003) por E. FALQUE en el *Corpus Christianorum. Continuatio mediaevalis*, vol. 74. Sobre este prelado puede verse la reciente aportación de P. LINEHAN, “Fechas y sospechas sobre Lucas de Tuy”, *Anuario de Estudios Medievales*, 32/1 (2002), 19-38.

31. La versión romance (J. PUYOL, Madrid 1926, 277) reproduce fielmente la versión latina (E. FALQUE, 225 y 227).

32. Los 54.000 sarracenos muertos por Fruela I los reduce, sólo levemente, a 50.000. Mantiene los 70.000 de la batalla de Lutos, pero reduce a 40.000 los seguidores de Chabbar eliminados por el mismo Alfonso II, que la antigua crónica astur cifraba en 50.000. En definitiva, reducciones relativamente ligeras.

33. Véase el texto latino, editado por J. FERNÁNDEZ VALVERDE, *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis*, t. 72, 117, y la traducción castellana realizada por el mismo, en Alianza Universidad, 162.

procede en este punto con más sutileza que su colega, el prelado leonés. En efecto, respecto del primer contingente musulmán copia directamente a don Lucas, y calcula en 20.000 los árabes muertos por las flechas y piedras que cayeron sobre los mismos que las arrojaban. A esos primeros añade los enemigos muertos cuando huían de los hombres de Pelayo, en los dos momentos sucesivos que distingue el autor de la crónica de Alfonso III. Ahora bien, ya no se atreve a cuantificar el número de esas bajas adicionales. Y tampoco apunta cifra alguna sobre los que perecieron sepultados por el desplome del monte en la Liébana.

Como vemos, el arzobispo historiador no se decide a proponer el número total de los mahometanos que resultaron aniquilados en esta fallida invasión, pero tampoco se atreve a descalificar claramente los cálculos del antiguo cronista del siglo IX. En definitiva, deja a cada lector un margen de libertad para que cada uno imagine a su entero arbitrio el tamaño global de la hueste exterminada en su ataque a Asturias.

En lo relativo a las demás batallas registradas entre astures y cordobeses en los siglos VIII y IX, y siguiendo el ejemplo del obispo de Tuy, Jiménez de Rada admite sin ninguna reserva las cifras que halla en la crónica de Alfonso III. Puede comprobarse que tal actitud es la que sigue fielmente al referirse a los 54.000 sarracenos muertos por Fruela I, los 70.000 aniquilados en Lodos por Alfonso II, así como los 50.000 seguidores de Mahamut (Chabbar) abatidos por ese mismo monarca, o los “más de 10.000 caballeros” islamitas que perecieron en la batalla de Albelda a manos de la hueste de Ordoño I³⁴.

Como término de comparación, puede resultar muy ilustrativo ver el tratamiento que el Toledano reserva a la batalla de Las Navas de Tolosa, en la cual había participado directa y personalmente, según es sabido. Pues bien, en ese caso don Rodrigo no duda en avanzar una cifra concreta, y calcula en “unos 200.000” el número de agarenos muertos en el combate (libro VIII, cap. X, penúltima línea)³⁵. De esta manera, y en

34. Jiménez de Rada, *de rebus Hispaniae*, libro IV, caps. VI, VIII, XII y XIV, respectivamente, siguiendo en todos los casos a la crónica de Alfonso III.

35. En esta cuestión numérica, como en otros asuntos, la Primera Crónica General repite fielmente la exposición del Toledano (ed. MENÉNDEZ PIDAL, II, 703, final del cap. 1019). Sin embargo, en el mensaje que el propio Alfonso VIII dirige al papa Inocencio III –redactado quizás por el mismo Jiménez de Rada, como sospecha A. Huici–, reduce estas cifras prácticamente a la mitad, pues calcula los moros muertos en “al menos 100.000”, según “los informes –dice la misma carta– obtenidos de los sarracenos que más tarde fueron capturados”. El ejército musulmán que inició la batalla lo evalúa ese mismo texto en 185.000 jinetes (*milites sarraceni*) e innumerables infantes (*peditum non erat numerus*). ¡De nuevo surge este número emblemático de los 185.000, de origen bíblico, que hemos visto utilizado como cliché para la batalla de Covadonga por el autor de la crónica de Alfonso III! No parece muy convincente la explicación que se da en la citada carta, paralela a la aducida a propósito de los 100.000 muertos, según la cual esa cifra de 185.000 “la supimos por lo que nos dijeron algunos servidores del califa almohade que cogimos prisioneros”. Por su parte, la carta que la infanta Berenguela (hija de Alfonso VIII) escribe a su hermana Blanca (casada con el futuro Luis VIII de Francia), calcula los muertos mahometanos en 70.000 varones y 15.000 mujeres (J. GONZÁLEZ, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, vol. III, docs. 897 (571) y 898 (573)).

Pasando por encima de estas divergencias, la cifra que acerca de Las Navas prevaleció en la tradición historiográfica posterior fue la recogida por el Toledano en su *de rebus Hispaniae*, los emblemáticos 200.000 moros muertos (así la recoge el autor de la *Gran Crónica de Alfonso XI*, para afirmar a continuación que

razón del número de bajas registradas, este último hecho de armas queda elevado implícitamente al mismo nivel que otras célebres batallas de la historia europea, el volumen de cuyas cifras se hallaba avalado por una acreditada tradición que el mismo Toledano asume. Me refiero, por un lado, a la gran batalla que a comienzos del siglo V presenció en el norte de Italia el choque entre los romanos y los godos de Radagaiso, y en la que estos últimos tuvieron exactamente esa misma cifra de 200.000 muertos. En la misma categoría se sitúa igualmente la famosa batalla de los Campos Cataláunicos del 451, en la que “se dice que perecieron casi 300.000 entre ambos bandos”, según recoge el propio Toledano (libro II, cap. IV y VIII)³⁶.

Puesto que, como hemos reseñado unos párrafos atrás, Jiménez de Rada no aventura una cifra total sobre el conjunto de las tropas sarracenas que atacaron a Pelayo, no queda del todo claro si considera la batalla de Covadonga-Cosgaya de la misma importancia que la de Las Navas del año 1212. Cabe deducir que el prudente arzobispo –más cauto que el Tudense, repito– no se ha atrevido a contrariar frontalmente las abultadas proporciones que la antigua tradición historiográfica otorgaba a aquella victoria inicial de los astures, celebrada por todos como auténtica acta de nacimiento del nuevo reino cristiano de España. Pero, en definitiva, al negarse a refrendar de manera explícita las cifras tradicionalmente consagradas, y refugiarse por el contrario en una nebulosa indefinición al respecto, sospecho que trata de insinuar en el ánimo del lector la conclusión de que, en último término, la de Covadonga fue de una magnitud más modesta que la de Las Navas.

Por lo que se refiere a la Primera Crónica General, que en otras ocasiones sigue las huellas del Tudense, baste decir que en lo relativo a la batalla de Covadonga-Liévana es deudora directa del Toledano³⁷.

Podríamos proseguir la encuesta a través de los historiadores que en los siglos sucesivos tuvieron que habérselas con este acontecimiento de Covadonga, insoslayable si pretendían narrar los inicios de la resistencia en Asturias. Pero el ir pasando revista a la larga serie de historias generales de España que se encadenan desde fines del

también fueron 200.000 los moros muertos en la batalla del Salado (¡faltaría más!) y que ésta última, por ciertas consideraciones que explica, fue más meritoria (*virtuosa*) que la de Las Navas (ed. D. CATALÁN, II, 436 y 439-441). A. HUICI, *Las grandes batallas de la Reconquista*, Madrid 1956 (ed. facsímil, Granada 2000), discute las cifras de los combatientes cristianos y almohades de Las Navas en 269-271 y 304-306, pero parece desconocer la carta de Berenguela a su hermana Blanca. Como contraste, citemos la *Crónica de los reyes de Navarra*, atribuida al Príncipe de Viana y fechada en 1454, que calcula únicamente en 60.000 los moros muertos en esta batalla de Las Navas o de Úbeda (libro II, cap. XVI, ed. C. ORCÁSTEGUI, 159).

36. En estas cifras sigue fielmente a San Isidoro, como se desprende de lo señalado en el párrafo que motiva la nota 27. A su vez, en cuanto a la cifra de los seguidores de Radagaiso, San Isidoro repite la que encuentra en Paulo Orosio (*Historias contra los paganos*, VII, 37).

37. Ed. R. MENÉNDEZ PIDAL, II, pag. 323. Aunque se trate de un detalle que no afecta para nada a lo que aquí nos ha interesado, citemos el curioso error que se detecta en la transmisión de un pasaje relativo al obispo Oppa. En la Crónica de Alfonso III se dice que, para dirigirse a Pelayo, el insinuante prelado subió a un pequeño montículo (*in tumulo ascendens*) (Rot 9, ed. J. GIL, 126, 1ª línea). El Toledano debió manejar un manuscrito viciado, y leyó *mulo insidens* (ed. de *Corpus Christianorum*, 116, línea 15), que la Primera Crónica General traduce, naturalmente: *llegóse... en un mulo* (comienzo del núm. 568).

siglo XV, estimo que nos llevaría demasiado lejos y desbordaría con exceso los límites naturales de estas breves páginas. Señalemos únicamente que el gran prestigio de que disfrutó la Primera Crónica General –con la que se iniciaba la historiografía en lengua vulgar– tendió a consagrar en las crónicas posteriores, con carácter casi inamovible, los datos en ella recogidos, perpetuando de este modo la versión de Jiménez de Rada, en la que a su vez se basaba el texto alfonsí³⁸.

38. Por citar una Historia de España muy conocida e influyente, recordemos que todavía el padre Juan de Mariana daba por buenas las cifras propuestas por el tándem Toledano-Primera Crónica General.